

Narrativa breve completa
Carlos Casares

Prólogo de Juan Cruz Ruiz

Traducciones de Carlos Casares
y Xesús Rábade Paredes

Primera edición en Libros del Silencio: octubre de 2012

© Herederos de Carlos Casares, 2012

© del prólogo, Juan Cruz Ruiz, 2012

© de la traducción de *El juego de la guerra y otros cuentos*, «El lagarto de piedra», «La decisión del emperador», «El suicidio de Jonas Björklund», «Qué viejo estás y qué gordo», «Un pulpo gigante» y «El caballo», Carlos Casares, 19—, 1970, 1985, 1988, 1995, 1998, 2000.

© de la traducción de *Los oscuros sueños de Clío*, Xesús Rábade Paredes, 1984, 2012.

© de la traducción de «Ante el retrato», «El lagarto rojo», «Recuerdo de Manolo Estremera, fiscal de paz» y «El gallo de Antioquía», Xesús Rábade Paredes, 2012.

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2012]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

Corrección de pruebas: Unai Velasco

Segunda corrección ortotipográfica: Güido Sender

ISBN: 978-84-940156-4-9

Depósito legal: B-25.755-2012

Impreso por Reinbook

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El sobrecogedor filo de la navaja

JUAN CRUZ RUIZ

Es imposible imaginar que Carlos Casares, fallecido hace diez años en Vigo, estuviera alguna vez en mi barrio del Puerto de la Cruz (Tenerife). No lo es, en cambio, que hubiera estado en los cruces de las calles de Buenos Aires donde se daban cita los navajeros de Borges. Pero, en todo caso, no estuvo en mi barrio, y sin embargo describió, con un brío impresionante, entre la melancolía enrabiada de Camus y el cinismo tranquilo de Hemingway, lo que pasaba a veces en aquellas calles polvorientas en las que parecían habitar los demonios de Juan Rulfo o las malevolencias de Juan Carlos Onetti.

Ese relato suyo, «El juego de la guerra», me lleva a aquellos años oscuros en los que, de una forma que solo el azar dominaba, cualquier gesto se convertía en la génesis de una batalla cuya crueldad se parecía, y se parece en mi memoria, a la de la habitación húmeda y ocre donde moraba el alma del extranjero de la más famosa obra de Albert Camus. Mi tierra tenía (y tiene) ese sol esquivo, oculto en las fronteras de las nubes, que transformaba los días en un espectáculo dominado por la

humedad de la bruma, en el que nosotros andábamos cansinamente sacudiéndonos el calor y las moscas.

Ese cuento, escrito por un gallego de Vigo, tiene la virtud de hacerme recordar aquellos largos instantes de la adolescencia, cuando yo vivía, como todos mis compañeros del barrio, en la certeza de que un día seguiría a otro, pero también en la seguridad de que cualquier grito de la calle era una señal de violencia. Por cualquier cosa. Así son los barrios, o así fueron, y así era el sadismo adolescente. A mí me abrieron la cabeza unos chicos en la calle para divertirse, y cuando llegué a casa le dije a mi madre que me había caído, y que además no era nada. La vida se dividía entre burlones y víctimas, y las víctimas a veces lo eran también de sangre. Yo me desperté una tarde viendo cómo un hombre, que además era de nuestra familia, amenazaba a mi padre con un enorme cuchillo bien afilado; nunca supe por qué, o no me lo dijeron. Pero no importaba. Cualquiera que fuera el motivo, y aun si no lo había, la gente desenfundaba el arma, y nosotros, los cobardes, andábamos con el alma en vilo, porque podían ser adultos o adolescentes nuestros enemigos, los que estaban dispuestos a romper el sosiego tan solo por una palabra, por un gesto que ellos no aprobaran. La violencia no tenía edad ni pudor, habitaba entre nosotros con la misma naturalidad con que lo hacían las moscas.

Viví mi infancia asustado. Un día leí un cuento de Jorge Luis Borges en el que los hombres se acechaban en las calles de Buenos Aires para matarse entre ellos. También leí los cuentos de Hemingway, y recuerdo como si fuera ahora la vez que leí, sobrecogido, el final de *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald, esa

novela en la que siempre parece que va a surgir una pistola, un cuchillo, un rastro de sangre en la piscina, hasta que finalmente surge, y tú lo lees como si el autor lo consignara con la implacable delicadeza de un bisturí. A esto se le llama estilo, pero cuando lo lees no es únicamente eso: es el recuerdo de la vida, la vida misma resurgiendo en la literatura como la expresión más audaz de tus propias pesadillas.

Esto me ha pasado ahora con ese relato, y con otros de la colección titulada *El juego de la guerra y otros cuentos*, que muestra de nuevo la impresionante capacidad narradora de Carlos Casares, el prosista tranquilo que transita por los ríos sangrientos y memorables de una violencia que no se presenta en su cénit hasta que él le da la puntilla al relato. He leído este libro, en ese plano, con mucho recogimiento, como si Carlos estuviera haciendo un análisis psicológico, y no solo literario, de aquello que convierte la violencia en una parte esencial del alma humana, dispuesta siempre al garrote y al odio y a la venganza, aunque en la superficie todos parezcamos la Madre Teresa de Calcuta (que después de todo tampoco fue tan buena).

En la otra parte de esta *Narrativa breve completa*, *Los oscuros sueños de Clío*, donde Casares se pasea por la historia con la habilidad de Cunqueiro o de Torrente, he sentido un íntimo regocijo, como si lo estuviera escuchando aquellas noches memorables de los cafés de Santiago, A Coruña u Ourense, algunos de sus predios gallegos, donde predicó (y dio trigo) a todos los que quisieron acercársele. Ese Casares que no se cansaba de contar historias (a veces, por nuestra culpa, las repetía) era quizá el escritor más amable y democrático que he conocido

nunca, junto, me parece, con Juan García Hortelano, con quien compartió la genialidad para contar en persona y por escrito, de manera brillante y sin retorcimientos, todo aquello que pasara por su cabeza y no fuera destinado únicamente al papel.

Hablemos de Carlos, que estaba tan lleno de bondad como Juan. Pero ahora le toca a Carlos. Casares fue un hombre generoso en todas las actividades que desarrolló. Para que un escritor sea generoso hacen falta muchos requisitos previos; el primero de ellos, expresar desdén por uno mismo, dentro de ciertos límites. Era muy difícil que Carlos te hablara de él o de su obra; reservaba para los demás la mayor parte de su tiempo. Podría argumentarse que eso sucedía porque era también un editor, y los editores están obligados (o por lo menos lo están virtualmente) a asumir la carga ajena como propia, de modo que no tienen más espacio en su montura. Pero no se debió únicamente a eso el que Casares fuera una de las personas más generosas que he conocido en el ámbito de la literatura; ni mucho menos. Es que estaba naturalmente predispuesto para el bien. Era bondadoso hasta extremos emocionantes; tranquilo y risueño, te recibía siempre como si acabara de volver de un lugar donde le habían dado buenas noticias para ti. Y te contaba las últimas cosas que sabía con la destreza del que quiere entretenerte sin darse otra categoría que la del humilde contador de historias.

Me encantaba Carlos, me gustaba mucho hallarlo en cualquier rincón del mundo por el que transitábamos, y a veces lo llamaba por el único placer de escucharle contar de nuevo historias que ya le había oído en otras ocasiones. Ahora he leído

con unción estos relatos. Ya he dicho lo que me ha parecido su recorrido por la violencia, su dramática incursión en ese universo que le quedaba tan lejos y al que se acercó en sus cuentos con la mano de Hemingway unida a la mano de Borges. La sintaxis precisa, el sentido del humor, el dramatismo que le viene de la niebla cabrona que preside las novelas de Albert Camus. Yo he visto a sus narradores navegando por los ríos convulsos que convoca Carlos. Y en el otro lado he visto arrimarse a sus hombros a dos coñones de su misma clase, el propio Borges y el inolvidable Cunqueiro, que tan próximo estuvo a él, en el humor y en la audacia para hacer verídico, e incluso verificable, lo que contaba. Casares prolongó la leyenda humana de Cunqueiro, y en estos cuentos ha querido prolongar también su pericia para narrar historias que nunca pasaron pero que ya forman parte de la realidad que dibujó. Ignoro si son verdaderas o no las que complementan sus «juegos de guerra» en este libro misceláneo. Pero qué más da. Casares recorre episodios (reales, imaginarios) de la historia que sucedieron hace siglos, y lo hace con la voz que se le conoce como escritor y como narrador oral, como transeúnte del mundo sin fin de fantasías que hollaron también esos maestros.

¿Qué distingue a la voz de Carlos Casares? Era un columnista de primer orden, capaz de dar vida en dos minutos, que son los que se tardan en leer sus entregas breves, a acontecimientos que otros hubieran llenado de un barroquismo de cartón piedra. Irónicamente, sin vuelo en el verso, como decía Hierro, yendo derechamente a las cosas, como quería Azorín, Casares agarraba por el rabo la mosca de los días y la dejaba

ahí, paralizada, para deleite de sus lectores. Con esa misma velocidad en la sangre de la narración abordó los otros géneros: el más largo de la novela, el más breve y contundente de los cuentos o las fábulas. Estas últimas tienen aquí ambiciones mayores, pues Casares simula (o al menos a mí me parece que lo simula, pero es que estaba muy bien dotado para el engaño literario, pues la literatura es verdad y mentira a la vez, como dice Vargas Llosa) que conoce historias que ha investigado, y lleva al lector a buscarlas con él, metiéndolo en la hemeroteca y en la biblioteca, adentrándolo en lo que sabe al mismo tiempo que dice que lo va sabiendo. La coña que se gasta con la existencia (probable) de un lejano antepasado debe pasar a formar parte de las fábulas que Carlos contó en persona, y seguramente lo hizo, con el señorío que lo caracterizaba, como si fuera un caballero antiguo arrellanado en un sillón de cuero, entreteniéndolo a jóvenes, a señoras y a caballeros boquiabiertos.

Fábulas y relatos. Ya he dicho aquí cuáles son las virtudes de los cuentos: precisión, capacidad de síntesis, recuento casi quirúrgico de los pasos que da el hombre para poner el odio en el lado oscuro de su alma; cuando el odio sale a pasear rompe toda armonía, ejerce la violencia con la naturalidad con que luego la contemplan los forenses. Así va narrando Carlos Casares, como si lo real-terrible, e incluso lo real-maravilloso, fueran materias que ya existían en su cabeza antes de que la mano las convirtiera en cuento.

He disfrutado tanto, de nuevo, con su voz, me alegra tanto que me hayan dado la oportunidad de decirlo, que solo me falta afirmar, de entre lo mucho que aún debería escribir, que

PRÓLOGO

sigo conservando la rabia con la que muchos recibimos, aquel día aciago de su muerte, hace diez años, la noticia absurda de que ya no escucharíamos nunca más su voz contando cuentos. Ahora, además, ha venido a contarme cuentos sobre cosas que sucedieron en mi calle cuando yo era un muchacho y él no sabía nada de nosotros ni nosotros sabíamos nada de él. Conocerlo ha sido una de las grandes alegrías emocionantes de mi vida. Ahora que Kristina, su esposa, se ha ido también, decir esto me llena de la misma tristeza con la que ella me dijo cuánto echaba de menos a Carlos.

El juego de la guerra

Lo echaron a suertes y me tocó a mí. Creo que hicieron trampa, pero me callé. Me dijo el Rata: «Vete». Yo no quería ir, digo la verdad. El Rata estaba loco, según decía mi madre, pero yo pienso que no estaba loco, que era atravesado y de mala ley. Por segunda vez me dijo que fuera y fui. La casa de don Domingo quedaba lejos, a unos dos kilómetros aproximadamente. Tuve que dar un rodeo para no pasar por delante de la zapatería de mi padre. Al principio pensé: «Me voy para casa y ya está». Pero tuve miedo. Además hacía calor y en casa en verano no se aguantan las moscas.

Llegué al chalet de don Domingo y llamé a gritos:

—¡Zalo!

Ladraron los perros, esperé un poco y volví a llamar:

—¡Zalo!

Cuando apareció, en seguida me di cuenta de que venía de dormir la siesta. Me dijo: «¿Qué pasa?». Yo le dije: «El Rata te espera en el río. Cogió una mariposa muy bonita y dice que vayas pronto, que te la da para la colección». Zalo era un loco

de las mariposas, y el Rata, qué cabrón, cómo sabía darle con el gusto a la gente.

—¿Dónde está el Rata?

—En el Campo del Pombal.

Salimos corriendo. Cuando llegamos, el Rata estaba bañándose en el río. Al vernos, salió a toda prisa, miró a Zalo con cara de atravesado y le dijo: «Hola, ¿quieres la mariposa?». Por el tono en que le hablaba, Zalo se volvió hacia mí, como preguntando. La verdad, yo no quería. El Rata silbó y entre todos se lanzaron a él. Lo desnudaron y lo ataron a un árbol. Zalo lloraba y a mí me dieron también ganas de llorar. Eso no se le hace a nadie, y menos a traición. El Rata le escupió allí, en aquel sitio, y le llamó cagado. «¡No se llora!», le dijo. Después cogió una vara de mimbre y se la pasó por las piernas y por la barriga, pero sin darle. Echamos a suertes y me tocó a mí. Quise escapar, pero el Rata me miró así, como mira él, y cogí la vara. Me dijo: «Empiezas tú». Le dije que no. Él volvió a decir: «Mira, Rafael, que te tocó a ti». Yo le repetí que no. Y él vuelta con que me había tocado y que si no, me ataban a mí también. Por último me dijo: «Mira, Rafael...». Por el tono de voz ya me di cuenta de que me iba a decir aquello. Agarré la vara y me fui hacia Zalo. Yo no quería, bien lo sabe Dios. Primero le di en el cuello. Los otros gritaron: «¡Más!». Apreté los dientes y sentí que me saltaban las lágrimas y que no veía. Entonces le pegué en las piernas, en los hombros, en la cara, en el pecho. Sangraba y daba unos gritos horribles. Y los otros decían: «¡Más!». Y yo no veía y notaba el sol dentro de la cabeza y los gritos de Zalo que se me clavaban en los oídos. Y le seguía pegando. Y los

otros seguían diciendo: «¡Más!». Cuando miré para Zalo, tuve miedo. Estaba todo ensangrentado, como muerto, y no hablaba. El Rata y los otros escaparon. Yo también escapé.

Yo no quería, digo la verdad. Se lo dije al señor aquel, pero no me hicieron caso. También le dije que había sido por sorteo, que me había tocado a mí, pero no quiso escucharme. Me habló del infierno y entonces me callé.

Ahora estoy en este colegio desde hace un año. Es primavera y no puedo salir. A lo mejor me dejan marchar en julio, pero todavía no lo sé. Ayer me llevaron a la sala de castigos. Dicen que en el recreo no puede andar uno solo paseando por el patio, que hay que jugar. Tampoco se puede andar de dos en dos. ¡La puta que los parió a todos! Yo quiero andar solo. A mí no me gusta jugar al fútbol ni al frontón ni al baloncesto. Me gusta jugar en el lavabo. Tampoco se puede, porque está también prohibido. Pero por las noches, cuando todos duermen, me levanto y voy a los lavabos y juego a la guerra. Durante el día cojo moscas, les arranco las alas y las guardo en una caja de cerillas. Por la noche meto las moscas en la pileta y abro el grifo, poquito a poco, muy despacito. Las moscas suben, huyen por la pileta arriba, pero yo las empujo para abajo con una pajita y se ahogan. Es la guerra. Se ahogan poco a poco. Un día me cazaron y me llevaron a la sala de castigos. Me llamaron marrano por andar tocando las moscas. ¿Y qué? Si no fuese por

la guerra, me pudría de asco. Durante el invierno, como no había moscas, jugaba con trocitos de papel, pero no es tan bonito.

En julio dicen que salgo. El Rata, a lo mejor, piensa que me olvidé. Seguro que piensa que seguimos siendo amigos. Entonces le voy a decir: «¿Vienes al río?». Él viene, que le gusta mucho. Y después le pregunto: «¿Jugamos a los submarinos?». Él juega, que le gusta mucho jugar a los submarinos. Primero paso yo. Paso dos o tres veces. Después que pase él. Abro bien las piernas y él pasa por el medio, debajo del agua. Y así dos o tres veces. Y entonces, hala, cuando pase, cierro las piernas y queda enganchado por el pescuezo. Poco a poco, despacito, como las moscas de la pileta.